

## IMAGINACIÓN, ESTÉTICA Y FORMULACIÓN POLÍTICA EN LA DIPLOMACIA MEXICANA

Andrés Ordóñez

Publicado en *Entremundos. Reflexiones sobre literatura, cultura y política internacionales Siglo XXI*. México, 2004

Andrés Ordóñez: Es licenciado en lengua y literatura en la Universidad Nacional Autónoma de México y doctor en filosofía por la Universidad de Londres. Es miembro de carrera del Servicio Exterior Mexicano. Se desempeña como profesor investigador en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado tres libros de poesía: *En modo menor* (1978), *Del regreso* (1988) y *Memorias de viaje* (2003). También ha incursionado en el género ensayo con *Fernando Pessoa, un místico sin fe* (1991), *Devoradores de ciudades. Cuatro escritores en la diplomacia mexicana* (2002) y *Entremundos. Ensayos sobre cultura y política contemporánea* (2004).

Afirmar que la diplomacia cumple una función estética merecerá de muchos un juicio displicente. Lo sé de antemano. Toda vez que la estética es generalmente entendida como la ciencia filosófica del arte y de lo bello y, por lo tanto -lamentablemente no faltará quien así lo considere-, de lo subjetivo y lo poco práctico, resultará por lo menos excéntrico referirlo como inherente al ejercicio supuestamente objetivo y práctico de la formulación y conducción de las relaciones políticas y económicas entre las naciones. Me parece comprensible tal percepción, pero desde mi punto de vista, vivir la diplomacia así es empobrecer la propia vida.

Ya en 1795 Friedrich Schiller se preguntaba si no sería extemporáneo buscar un código del mundo estético cuando la investigación filosófica, decía, era requerida “por los acontecimientos para ocuparse en la obra de arte más perfecta que cabe: el establecimiento de una verdadera libertad política”.<sup>1</sup> La respuesta que el mismo Schiller ofrecía me parece significativa: “para resolver en la experiencia el problema político, es preciso tomar el camino de lo estético...”<sup>2</sup> Lo estético resulta en rigor una visión comprensiva de la realidad, establecida a partir de las manifestaciones aparentes de la misma realidad<sup>3</sup> y, por lo mismo, de la percepción e interpretación de sus elementos constitutivos en armonía con sus formas y significados. En ese sentido, el ejercicio de la política y, por lo tanto, el de la diplomacia exige una afinada capacidad para integrar realidades. En consecuencia, el funcionario diplomático debería ser el individuo estético por excelencia (y no, como a menudo sucede, la fallida caricatura del esteta), en la medida de su capacidad para integrar y conferir sentido a la multiplicidad de percepciones que constituyen su concepción de la realidad. La naturaleza de su trabajo así lo exige: dar sentido a una situación analizada con minucia, al tiempo que se ve obligado a encauzar la diversidad de sus percepciones cotidianas y la omnipresencia de su vida “ausente”, esto es, lo que ha dejado en su país de origen y que sigue evolucionando y siendo objeto de su atención y elaboración.

La calidad estética a la que me refiero es lo que fue particularmente aguzado en el desarrollo, actitud, función y funcionamiento del intelectual diplomático mexicano a lo largo del siglo XX. La presencia de intelectuales y escritores en la diplomacia mexicana como constante durante más de cien años es un fenómeno que encierra significados múltiples. Uno de ellos es la vinculación coherente de la política y la creación intelectual en el proceso de formación y consolidación del nacionalismo del México independiente y, en particular, del nacionalismo cultural característico del Estado posterior a la Revolución mexicana. En ese proceso el Servicio Exterior Mexicano cumplió una función extracurricular de enorme valor al servir de abrigo a una verdadera red de

vasos comunicantes que en no pocas ocasiones libró al país del aislamiento cultural y político. Aparte del desempeño de la función rutinaria, los intelectuales diplomáticos, en especial durante la primera mitad del siglo XX, llevaron a cabo una valiosa labor de actualización constante de nuestra cultura nacional y simultáneamente la incorporación de ésta a los valores universales. Adicionalmente, pero no de manera secundaria, su acción reflexiva también llegó a traducirse en importantes aportaciones a la formulación y el fortalecimiento del marco conceptual y práctico de la política exterior de México durante la primera mitad del siglo.

## EL INTELLECTUAL EN MÉXICO

Con frecuencia se enfatiza como característica de los intelectuales el ser “productores directos en la esfera de la ideología y la cultura”, para distinguirlos de aquellos cuyo trabajo, aun cuando reclama esfuerzo mental, es eminentemente administrativo, distributivo, organizativo o repetitivo. De lo anterior derivan dos características propias del intelectual: su tendencia a la perspectiva generalista y su capacidad de generar un conocimiento que enriquece el acervo conceptual y que no deriva únicamente de su experiencia personal directa<sup>4</sup>

Si bien el creador atraviesa un proceso muy parecido, hay un elemento distintivo. En palabras de Gertrude Stein, el intelectual “no se anticipa a su generación, sino que es el primero entre sus contemporáneos en ser consciente de lo que le está sucediendo”.<sup>5</sup> De modo que no es precisamente la capacidad de *descubrir* una, nueva idea lo que lo distingue, sino la habilidad de *identificarla, elaborarla y transmitirla* a los demás.<sup>6</sup> El intelectual es capaz de manejar con seriedad gran variedad de símbolos abstractos e ideas con relación a una amplia gama de tópicos situados fuera de su campo inmediato de especialización.<sup>7</sup> De aquí otro de sus rasgos distintivos: la habilidad de distinguir entre ideas generales y conocimiento particularizado.<sup>8</sup> En palabras puntuales de Arthur Schlesinger: “es precisamente la pasión desinteresada por las grandes ideas, no la manipulación profesional de las pequeñas, lo que distingue al intelectual”.<sup>9</sup> Este énfasis en lo axiológico explica otra característica del intelectual: su papel de intérprete de la experiencia contemporánea y de comentaristas de la cultura de su tiempo.

En el caso específico de México, un rasgo distintivo de los intelectuales hasta hace muy poco tiempo había sido su involucramiento en los mecanismos gubernamentales. Según el registro del *Mexican Intellectual Biography Project*, el curriculum profesional de 178 intelectuales mexicanos ubicados entre 1920 y 1985 acusaba que 28% de ellos habían hecho carrera de tiempo completo en el servicio público y otro 25% fueron o eran profesores de carrera. De otra parte, en tanto poco más de la cuarta parte sirvió de por vida al Estado, más de la mitad del total ocupó cargos públicos de manera eventual. De aquí que para un estudioso profundo de la cultura política mexicana como Rodric Ai Camp, el rasgo más sobresaliente de la manera en que el intelectual mexicano se concebía a sí mismo, a diferencia de su par en América del Norte, radicaba en su actitud hacia el involucramiento en la política.<sup>10</sup> Esta situación, si bien todavía era válida cuando el libro de Camp fue publicado por la Universidad de Texas en 1985, ha sufrido un cambio radical en la medida en que las circunstancias internas y externas del país han determinado el anquilosamiento definitivo del sistema político derivado de la Revolución mexicana y una nueva burocracia más técnica y afín a los procesos económicos globalizantes ha tomado el control de las posiciones de análisis y decisión en el aparato gubernamental.

## EL INTELLECTUAL EN LA FORMACION DEL MEXICO POSREVOLUCIONARIO

El ambiente de transición intelectual y política en el que surge el Ateneo de la Juventud <sup>11</sup> naturalmente es exacerbado por el estallido de la guerra civil en 1910. En ese contexto, los ateneístas hacen de su conservadurismo un arma de vanguardia y constituyen así una dialéctica de continuidad y ruptura intelectual y política. En medio de la tormenta que supuso el conflicto bélico, intentan preservar el anhelo de armonía, de goce cultivado de los sentidos propia de una minoría social cómodamente ubicada en el universo porfiriano. Sin embargo, su actitud y lenguaje iniciales, que implicaban la visión de un mundo que se quería mantener, se transforman como resultado del aislamiento económico y político que vive el país debido a la guerra civil intestina y a la guerra mundial en Europa.

La abrumadora situación obliga a estos jóvenes intelectuales a apartar la mirada de los valores europeos y, sobre la base de las ideas del liberalismo conservador postuladas por su mentor Justo Sierra, volver los ojos hacia el país y su futuro inmediato. El resultado fue la construcción de una identidad cultural y política que habría de reelaborar el nacionalismo heredado del siglo XIX y permea todos los ámbitos de la vida mexicana. Siendo los únicos capacitados para formular las políticas y construir las estructuras institucionales del México posterior a la Revolución mexicana, estos jóvenes intelectuales se ven destinados a involucrarse en la acción política al tiempo que se entregan a la mexicanización de la cultura universal y a la universalización de lo mexicano. Ejemplos incontestables de esta generación cíe intelectuales diplomáticos son Alfonso Reyes e Isidro Fabela, entre otros.

La obra de reconstrucción conceptual de la cultura nacional emprendida por los ateneístas fue continuada por la carnada de muy jóvenes intelectuales que en 1915 rondaban los veinte años de edad, conocida en la historia de la cultura mexicana precisamente como la Generación de 1915. Ellos encarnaron la segunda fase del proceso de ruptura y continuidad con la cultura porfiriana e inauguraron propiamente el perfil característico del intelectual mexicano del siglo XX. Los de 1915 continúan la tensión entre lo nacional y lo universal, pero en su caso la traducción práctica se da en una atención a la técnica y al rigor científico aplicados al servicio público. Para ellos la obra más personal es la creación de instituciones, la coordinación de fuerzas, la aplicación de las soluciones técnicas y científicas correctas. Persiste en la mayoría de estos hombres la identificación del destino individual con el destino del país. Como lo ha señalado Carlos Monsiváis, si su drama es la incapacidad de acceder al poder, su ventaja es la cercanía psicológica con la idea de la historia,<sup>12</sup> pero hay que decirlo, libre, gracias entre otras cosas a la influencia de José Vasconcelos, del fatalismo *darwinista* al uso entre los positivistas porfiriano» y leales a las necesidades institucionales del país.

## LOS CONTEMPORÁNEOS DIPLOMÁTICOS

Más joven que Isidro Fabela, y menos que Alfonso Reyes, Genaro Estrada se encuentra a caballo entre la generación del Ateneo y la de 1915. Autor de una obra literaria que aún no ha merecido suficiente atención, Estrada tuvo relevancia como diplomático en sentido estricto, pero también como enlace entre los diplomáticos intelectuales que ya fuese por razones profesionales o políticas, se encontraban en el exterior y como puente entre ellos y el mundo cultural nacional. Al respecto, la correspondencia de Estrada con Reyes es muy ilustrativa. Fue también Estrada quien dio acceso al ámbito diplomático a la camada de intelectuales posterior a la de 1915, conocida en la historia de la cultura mexicana como la Generación de Contemporáneos.

Esta generación, que comprende al grupo de poetas mexicanos más sobresalientes del siglo XX, irrumpe intelectualmente en el momento preciso en que el nacionalismo revolucionario se ha consolidado como discurso oficial y, en consecuencia, su desgaste es acentuado. El endurecimiento de la retórica cultural oficial los lleva a una crítica impía de la situación imperante, cosa que ellos asumen como el afán de ejercer la “aristocracia del pensamiento”.<sup>13</sup>

Hacia fines de los años veinte, Alfonso Reyes les insiste a los Contemporáneos en la conveniencia de incorporarse a las filas del Servicio Exterior Mexicano como la única forma al alcance de adquirir experiencia, mundo, estabilidad económica y calma para dedicarse a escribir.” Xavier Villaurrutia descartó esa opción, Torres Bodet la pospondría y el primero en acogerla fue José Gorostiza. Es digno de mención el denominador común existente entre los intelectuales diplomáticos mexicanos en cuanto a su actitud hacia el oficio internacional: funcionarios dignos y honorables, todos concibieron la diplomacia como un medio, no como un fin.

En 1927, José Gorostiza presenta exitosamente los exámenes de ingreso al servicio exterior de carrera y el 5 de agosto se embarca rumbo a Londres, adscrito al consulado general por Genaro Estrada, quien le encomienda mantenerlo al tanto de las novedades editoriales inglesas -tarea que Gorostiza cumple con cariñoso afán. Al cambio de gobierno en diciembre de 1928, los Contemporáneos burócratas quedan cesantes en México; entonces Torres Bodet decide continuar su carrera administrativa en el Servicio Exterior. Para esos efectos acude, igual que lo había hecho Gorostiza, a su amigo Genaro Estrada y a principios de 1929 logra su ingreso al cuerpo diplomático como ‘funcionario de carrera. Tanto Estrada como Torres Bodet y Gorostiza habrían de ocupar las más altas posiciones administrativas en la cancillería, incluso la de secretario de Relaciones Exteriores, y su participación en la conformación del Sistema Interamericano y en diversas instancias del sistema multilateral (UNESCO, por ejemplo) sería crucial. En todo caso, su concepto de soberanía estaba indisolublemente vinculado a la construcción y preservación de la identidad nacional como punto de partida para el diálogo universal.

## **LA CRISIS DEL INTELLECTUAL DIPLOMÁTICO**

El proyecto de industrialización del régimen de Miguel Alemán, la consecuente necesidad de una concordia permanente con Estados Unidos en el contexto económico y comercial de la segunda posguerra mundial, y el creciente control político continental estadounidense en el marco de la guerra fría, condujeron a México a una cada vez mayor moderación diplomática. Se había llegado a una estabilidad interna, y la existencia del sistema político mexicano ya no era motivo de controversia internacional. De tal suerte, la relación costo-beneficio de una política exterior (entendido el término “política exterior” como acción e iniciativa propias)<sup>15</sup> resultó, por decir lo menos, incómodo.

En consecuencia, la acción internacional de México dio paso a tácticas que buscaban evitar enfrentamientos con otros gobiernos, principalmente el estadounidense. Esta mudanza cambió el acento del aislacionismo característico de la acción internacional de México. De una política pasamos a una “actitud” exterior que habría de continuarse durante los siguientes veinticinco años.<sup>16</sup>

Aun cuando la presencia de intelectuales en la diplomacia continuó a lo largo de los decenios subsecuentes, su actividad deja de estar vinculada estrechamente a la formulación de la acción internacional de México. Con la excepción de Jorge Castañeda de la Rosa, después de Torres Bodet

y de Gorostiza no hay en la geografía humana del Servicio Exterior Mexicano de carrera intelectuales que además de ejecutar y administrar las acciones diplomáticas del país, las formulen. Durante el segundo decenio del siglo XX, los intelectuales diplomáticos asumen la carrera fundamentalmente como un medio para el desarrollo de su actividad reflexiva, lo cual no es ninguna novedad, pero cesa en ellos la voluntad de involucrarse en la construcción de líneas políticas y de estrategia en el nivel institucional. En este sentido, el caso de Octavio Paz es ilustrativo.

Herederero del afán riguroso de los Contemporáneos, como ellos afrancesado en su formación intelectual, Paz logra una pulcra trayectoria de veinticinco años en la diplomacia, que lo lleva desde el nivel más modesto hasta el rango de embajador de carrera. Sin embargo, el caso de Paz también indica el inicio del desprendimiento del intelectual como ente orgánico del aparato diplomático del Estado. Octavio Paz, como sus ilustres antecesores, continúa el ejercicio de nacionalizar lo universal y universalizar lo mexicano, pero su visión de la construcción institucional del país ya carece del entusiasmo de los ateneístas, de la Generación de 1915 de los Contemporáneos oficialistas como Torres Bodet y Gorostiza. Sí, en cambio, recoge la mirada escéptica de Contemporáneos como Jorge Cuesta o Xavier Villaurrutia, y la aplica al desarrollo político del país. De modo que no es gratuito que en fechas tan tempranas como 1950, señalara la proclividad al conformismo, es decir, a la claudicación, que los intelectuales orgánicos al Estado empezaban a acusar.”<sup>17</sup>

La pregunta pertinente en el caso de Paz y de los demás intelectuales diplomáticos que continuaron en las filas del Servicio Exterior Mexicano de carrera es, ¿por qué siguieron allí? La respuesta es compleja y tiene que ver con el hecho de que el proceso degenerativo del sistema político mexicano no fue inmediato. La manifestación ideológica de la Revolución mexicana había penetrado profundamente en la conciencia y el imaginario colectivos. Además, la relación inevitablemente conflictiva con un universo tan distinto en todos sentidos como es Estados Unidos, legitimaba el proyecto de desarrollo de corte aislacionista y reforzaba el consenso popular en torno a la política exterior de los gobiernos en curso. De tal suerte, en el habla popular y en los sectores de clase media e ilustrados, la crítica a las políticas y prácticas gubernamentales solía tener una ilusoria excepción: la diplomacia. Esta circunstancia ayudó a justificar la permanencia o incluso la incorporación a un ámbito que garantizaba seguridad salarial, diversidad laboral, movilidad geográfica, riqueza vivencial, tiempo libre medianamente bien pagado y acceso a los paradigmas culturales a los que aspiraba una clase media ilustrada con ansias de mundo.

Al correr de los años el Servicio Exterior Mexicano perdería atractivo para los sectores ilustrados del país. La represión brutal del movimiento estudiantil de 1968 abrió una brecha enorme entre sociedad civil y gobierno. Una manifestación de este distanciamiento fue la separación de Octavio Paz del cuerpo diplomático en 1968, cuando se desempeñaba como embajador en la India. Pero esta brecha ideológica no habría sido razón suficiente sin la existencia de circunstancias resultantes del propio desarrollo social y educativo del país. En ese sentido, sería deshonesto ignorar los avances del sistema mexicano de educación superior, que abrió espacios laborales para el desarrollo intelectual; la intensificación de los intercambios académicos con el mundo, que brindó al intelectual movilidad geográfica; y la creciente división del trabajo en el ámbito diplomático junto con la capacidad de las universidades de generar los cuadros especializados requeridos por el nuevo perfil de tal oficio, que desplazaron cada vez más al intelectual, generalista y culturalista por naturaleza, de ese mercado de trabajo.

Al inicio de los setenta el presidente Luis Echeverría (1970-1976), intentando responder a las nuevas condiciones externas e internas, se lanzó a estructurar una política exterior volcada a aumentar la presencia de México en el mundo, en aras de la apertura de nuevos mercados para las exportaciones mexicanas. De igual modo, buscando conciliar los sectores pensantes con el régimen, en un intento de cerrar la herida de 1968, Echeverría incorporó a su administración a una multitud de jóvenes altamente calificados en lo académico y les confinó altas responsabilidades administrativas y políticas. Por otro lado, Echeverría intentó, y lo consiguió, granjearse las simpatías de personajes de primer nivel en la intelectualidad mexicana; tal fue el caso de darlos Fuentes, quien se desempeñó como embajador en Francia. El ámbito diplomático fue un buen campo de experimentación y retribución políticas.

El número de personalidades de las artes y la academia en puestos ya no de carrera sino temporales asimilados al Servicio Exterior Mexicano, se incrementó durante el periodo de presidente José López Portillo (1976-1982) y, pese a la severa crisis precipitada por el fracaso de la política petrolera, continuó, disminuido, durante el régimen del presidente Miguel de la Madrid (1982-1988). A partir de 1988 el agotamiento discursivo y Táctico del sistema político mexicano, y la consecuente adopción de un proyecto de desarrollo nacional apegado estrictamente a las exigencias económicas y financieras del contexto internacional, significó que el discurso de política exterior del país entrara en la crisis más severa de su historia. Ubicada hoy en día en los marcos de un proyecto gubernamental que privilegia la ortodoxia de las instituciones financieras internacionales, la doctrina de política exterior ve confrontada su herencia culturalista al pragmatismo economicista y unidimensional de la nueva generación de dirigentes mexicanos. Esta situación le significa una crisis práctica al aparato diplomático mexicano, ya que los principios de su acción responden fundamentalmente a un esquema defensivo consolidado por las condiciones que imponía la guerra fría y, en consecuencia, resultan inadecuados a la estrategia de plena apertura e incorporación a los mecanismos económicos prevalecientes en el mundo de la posguerra fría. En términos de política interna, la crisis del discurso diplomático se manifiesta en la ruptura del consenso que antes disfrutaba. La subordinación de la acción diplomática a la política financiera ha exigido hacer flexibles posiciones antes indiscutibles, y ha significado la pérdida de la conducción sustantiva de la política exterior por parte de la cancillería en favor de los sectores del gobierno federal encargados de las áreas económicas y financieras.

Resulta paradójico que exista una relación inversamente proporcional entre la participación de los intelectuales (universalistas por definición) en la formulación de política exterior y el proyecto de apertura económica mundial del gobierno federal. Esto es comprensible si se atiende al hecho de que la plena participación reflexiva y práctica de los intelectuales en el Servicio Exterior Mexicano, se dio en el contexto de una estrategia diplomática de corte preponderantemente defensivo, por no decir aislacionista. En el momento en que tanto por razones de orden interno como externo el grupo en el poder rompe con ese esquema y decide incorporarse sin reparos al devenir productivo y gerencial mundial, el intelectual diplomático deja de cumplir -por su propio perfil y por la creciente debilidad de los canales oficiales como exclusivas instancias de diálogo internacional- el papel de vaso comunicante entre la nación y el mundo y, por lo tanto, pierde sentido su filiación orgánica al poder estatal.

Sin embargo, el fin de la guerra fría está determinando el desplazamiento de los ejes de confrontación internacional a coordenadas ya no político-económicas, sino político-culturales. Esta

situación alcanzará su punto de ebullición el próximo siglo, cuando el diálogo mundial deberá ser ya no tanto internacional sino intercivilizacional.<sup>18</sup> Esto quiere decir que el elemento económico quedará sobreentendido y que el diseño de las estrategias de negociación deberá dar prioridad en su diseño y funcionamiento al elemento cultural. Esta circunstancia hace prever para el próximo siglo la insuficiencia de la perspectiva unidimensional de la actual estrategia diplomática y hace del registro culturalista, que obra en la biografía de la diplomacia mexicana, un valioso activo para la formulación de la acción internacional de un país que, como México, se encuentra situado precisamente en el centro mismo de la encrucijada civilizacional: entre el Asia-Pacífico y el Atlántico; entre la América anglosajona y la América Latina, y que ha sido exitoso en la práctica de una estrategia diplomática ajena a la imposición y, por lo tanto, a la confrontación.

---

## NOTAS

1 F. Schiller, *La educación estética del hombre*, Madrid, Espasa-Calpe, 1928, p. 12.

2 *Ibid.*, pp. 14-15.

3 Monroe C. Beardsley, *Aesthetics, from classical Greece, to the present*, Alabama, The University of Alabama Press, 1982, pp. 326-327.

4 Roberto Michels, "The Intellectuals", *Encyclopedia of Social Sciences* (1936), p. 118, citado en Roderic A. Camp, *Intellectuals in twentieth-century Mexico*, Austin, Texas University Press, 1985, p. 33

5 Kennelth Tynan, "Foreword", en Lenny Bruce, *How to talk Dirty and Influence People. An Autobiography*, Chicago, Playboy Press, 1967, p. IX, citado en *ibid.*, p. 34.

6 *Ibid.*

7 Karl Deutsch, "Comments on 'American intellectuals: Their Politics and Status'", *Daedalus*, 88 (verano de 1959): 489. Citado en *ibid.*

8 Max Beloff, *The Intellectual in Politics and Other Essays*, Londres, Weidenfield and Nicholson, 1970, p. 9. Citado en *ibid.*

"Arthur M. Schlesinger, Jr., "El intelectual y la sociedad norteamericana", en *Los intelectuales y el poder*, México, SepSetentas, 1972, p. 80. Citado en *ibid.* Lo anterior nos ofrece elementos para explicarnos por qué los científicos naturales y exactos no suelen ser considerados como integrantes de las élites intelectuales; estas últimas, insisto, están conformadas por expertos en ideas generales sobre cuestiones axiológicas y estéticas y preocupados por transmitir sus consideraciones a públicos relativamente amplios.

10 *Ibid.*, p. 42.

11 Formaron parte de este grupo Alfonso Reyes. Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri. Enrique González Martínez. Rafael Lopez, Roberto Arguelles Bringas, Eduardo Colín, Joaquín Méndez Rivas, Antonio Médez Bolio. Rafael Cabrera, Alfonso Cravioto, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Isidro Fabela, Manuel de la Parra, Mariano Silva y Aceves. José Vasconcelos, el filósofo Antonio Caso; los arquitectos Jesús Acevedo y Federico Mariscal; los pintores Diego Rivera. Roberto Montenegro, Ramos Martínez; los músicos Manuel M. Ponce y Julián Carrillo

12 La obra de estos jóvenes es impresionante. Manuel Gómez Morín crea la ley, los estatutos y la organización del Banco de México y del Banco de Crédito Agrícola. Junto con Palacios Macedo trabaja en el Departamento Técnico Fiscal que diseña la primera Ley del Impuesto sobre la Renta. En 1939 funda el Partido Acción Nacional. Vicente Lombardo Toledano es gobernador interino del estado de Puebla, participa decisivamente (1936) en la organización de la Confederación de Trabajadores de México (la CTM), funda el Partido Popular Socialista y la Universidad Obrera de México. Narciso Bassols es secretario de Educación Pública y secretario de Hacienda. Daniel Cosío Villegas crea el Fondo de Cultura Económica y la Casa de España en México, que luego se convertiría en El Colegio de México, y revistas como *El Trimestre*, *Económico*, *Historia Mexicana* y *Toro Internacional*; es el principal organizador de la Escuela de Economía de la UNAM; dirige numerosos trabajos colectivos, entre ellos la *Historia moderna de México*, y es autor de obras importantes de la bibliografía política mexicana como *Ensayos y notas* (1966), *El sistema político mexicano* (1973), *El estilo personal de gobernar* (1974) y *La sucesión presidencial* (1975). Carlos Monsiváis, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia general de México*. IV, México, El Colegio de México, 1077.11 Carlos Monsiváis, "La poesía mexicana del siglo XX", citado en *ibid* 14 *Ibid.*, pp. 145-146.

15 Mario Ojeda, *Alcancen y límites de. la política exterior de México*, México, El Colegio de México, 1984, p. 100.

16' Citado en *ibid.* p. 106.

17 Octavio Paz. *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, pp. 141-142